

Fuera de esto, los sitios que en Iberia pueden colocarse en momentos anteriores al estadio 9 son más bien escasos y dispersos, con entidad poco significativa, como La Maya III, Cúllar-Baza I o algunos restos recuperados en terrazas altas del Guadalquivir.

Un apartado especial merece el excepcional yacimiento de Atapuerca. La valoración que de este sitio se hace en esta publicación resulta hoy día superada, hecho solamente imputable al desconocimiento de datos de muy reciente aparición. Así las últimas dataciones efectuadas por paleomagnetismo (Parés y Pérez-González, 1995) han subido la inversión magnética Matuyama/Brunhes al nivel TD6 de Gran Dolina (que hasta el momento se relacionaba con el estadio isotópico 13), por lo que tanto los materiales líticos aquí recogidos, de indudable factura humana, como los restos de *homo* documentados en el *estrato Aurora*, se situarían ahora dentro de Matuyama, antes por tanto de los 0'78 m.a.

Esta nueva ubicación hace, por el momento, de Atapuerca el yacimiento europeo con la datación numérica más antigua y lo convierte en una pieza excepcional que se aleja del marco propuesto por los asistentes al Taller de Tautavel.

Una vez más la sucesión imprevisible de datos es la que envejece con gran rapidez, al menos en cuestiones de detalle, algunas publicaciones y no dejamos de tener presente el interés que hubieran suscitado en el lector las reflexiones de los autores ante esta marco indudablemente novedoso. En todo caso, baste saber que hay investigadores que no consideran fiables las últimas informaciones sobre el yacimiento burgalés, basándose –sobre todo– en la problemática de la secuencia microfauística.

De todos modos, este libro es una pieza clave para comprender por qué Atapuerca se está convirtiendo en un foco de gran atención para los paleolitistas europeos, si tenemos en cuenta que los sitios documentados antes de los 500 Kyr BP en Europa resultan problemáticos y se propone un marco explicativo en virtud del cual nuestro continente sería *colonizado*, como lo reflejan los datos ya vistos, a partir del estadio isotópico 13. Antes de este momento la ocupación de Europa, intermitente y de baja densidad (recordemos la dificultad para encontrar yacimientos sólidos antes de esta fecha), habría sido producida por pobladores que poseían una industria *primitiva* de tipo oldowaiense.

Parece claro que Atapuerca, en sus dataciones actuales (mantenidas por el equipo investigador), se acomodaría sin problema a esta hipótesis y que incluso podría servir como un foco de información ineludible para confirmarla definitivamente.

Este libro presenta, pues, un completo análisis sobre la cuestión de la primera ocupación en Europa a partir de la interpretación crítica y netamente escéptica de los datos y una interesante argumentación sobre dicho poblamiento, habilitando al lector, como ya se ha dicho, para comprender en profundidad el papel que algunos yacimientos pueden jugar en nuestro conocimiento sobre la presencia humana antes y después del medio millón de años. Fernando DIEZ MARTÍN.

ALTUNA, J., ARMENDARIZ, A., ETXEBARRIA, F., MARIEZKURRENA, K., PEÑALVER, X. y ZUMALABE, F. J., *Guipúzcoa. Carta Arqueológica. II. Cuevas*, Suplementos de *MUNIBE*, nº. 10, San Sebastián, 260 páginas y 21 mapas.

Hace unos años, en la Reunión que sobre cartas e inventarios arqueológicos convocara la Junta de Castilla y León en Soria, conmemorando el 50 aniversario de la publicación de la dicha provincia por parte de don Blas Taracena, uno de los temas más debatidos fué el de

la conveniencia o no de editar esta clase de trabajos. Las ventajas de hacerlo eran evidentes, siquiera como procedimiento para transmitir una información de indudable interés para los científicos; asimismo, como vía para fomentar en aldeas y municipios con restos arqueológicos cierto puntillo u orgullo local, llamado a desempeñar un importante papel en la preservación del patrimonio histórico. Pero los inconvenientes también, centrados en este caso en un justificado miedo a facilitar la actividad de los expoliadores y malos aficionados a la arqueología, al hacérseles graciosamente partícipes con tales publicaciones de la existencia y localización de nuevos yacimientos.

Mi opinión al respecto es que hoy, a fines de este siglo XX que alguien ha calificado acertada y atractivamente como el de la *comunicación*, publicar las Cartas Arqueológicas es una necesidad irrenunciable, que bajo ningún concepto puede supeditarse a la capacidad de respuesta o voluntad política de los gobiernos responsables del patrimonio arqueológico frente a la amenaza velada y el chantaje de los buscadores de tesoros. La de Guipúzcoa, un viejo proyecto felizmente vivo, cuya primera edición vio la luz en 1982, ha sabido escapar de esas vacilaciones y nos regala ahora con la aparición de un tercer volumen que se añade al inicial y al que en 1990 se dedicara a inventariar los monumentos megalíticos. Los tres son obra del Departamento de Prehistoria de la Sociedad de Ciencias Aranzadi de San Sebastián, y los dos más modernos, fruto del convenio que, desde hace casi tres lustros, suscriben anualmente la referida institución y la Diputación Foral de Guipúzcoa con un ejemplar objetivo: la conservación e investigación del patrimonio prehistórico.

La obra recensionada, que vuelve sobre el tema de uno de los grandes apartados de la Carta primigenia –estaciones arqueológicas en cueva, megalitos, yacimientos al aire libre y hallazgos romanos–, constituye una recopilación exhaustiva de los yacimientos trogloditas, comprendiendo lo mismo aquellos que deparan restos propiamente arqueológicos, que los que simplemente rinden hallazgos de fauna extinta. Y, al igual que el volumen de los sepulcros dolménicos, se organiza no como un libro en el sentido estricto, sino como carpeta de fichas, esto es, en un sistema abierto que ofrece la ventaja de poder ampliar y poner al día el inventario original con descubrimientos que lleguen a producirse en el futuro.

Si para el profesional este nuevo documento representa una herramienta de trabajo llena de interés, en tanto listado de yacimientos con índice de intervenciones y con una relación completa de la bibliografía generada en cada caso, también por lo fácil de su consulta y preciosa cartografía –un mapa general y hojas individuales muy detalladas, escala 1:25.000– es perfectamente asequible a los buenos aficionados. Por encima de todo ello, sin embargo, soy partidario de destacar su valor como instrumento de defensa patrimonial: la información de la Carta se traslada automáticamente a los municipios para que éstos adopten las medidas oportunas de cara a proteger los yacimientos, y, en paralelo, se incluye en los programas cartográficos del Departamento de Urbanismo de la Diputación al objeto de que los sitios arqueológicos conocidos no se vean afectados por cualquier obra acometida con posterioridad a la redacción del catálogo. Estoy haciéndome eco, en suma, de una obra enormemente positiva, bien concebida, mejor resuelta y, por todo ello, merecedora de los mayores elogios. Algo esto último, en cualquier caso, que casi podía saberse de antemano conociendo la solvencia de las firmas que lo suscriben. Germán DELIBES DE CASTRO.